

lásticas, montó á caballo; empuñó una espada; sublevó la Lombardia; derrotó en una batalla á *Napoleon della Torre*; hizole prisionero; entró en Milan triunfalmente; asumió la direccíon y mando de lo temporal y lo eterno, y fue origen de aquella dinastía Visconti, que habia de reinar en el Milanésado cerca de dos siglos.—De la historia de esta familia ya hemos adelantado los principales rasgos. Todos sus señores y duques fueron tiranos, fraticidas, parricidas ó algo por el estilo, y pocos de ellos murieron de muerte natural. En cambio dieron muestras de amor á las letras y á las artes, y se les deben grandes monumentos.—A los Visconti sucedieron los *Sforza* en virtud del casamiento de la última heredera de aquella casa con un famoso caudillo. Los *Sforza* fueron también déspotas, y casi todos ellos murieron asesinados, desterrados ó prisioneros.—A fines del siglo XV, la Francia los arrojó del trono y se apoderó del Milanésado; pero Carlos V intervino en el asunto del modo que sabemos, y habiendo vencido á los franceses en Pavia, repuso en su trono á Francisco Sforza. Poco tiempo despues, y á la muerte de este duque, Milan formó parte de los Estados del rey de España, en cuya situacion permaneció hasta principio del siglo pasado, que fué á poder del Austria, á consecuencia de la guerra de *Sucesion*.—Lo demás, ya nos lo dijo el cura de Pavia. El Milanésado fue invadido por los ejércitos republicanos de Francia en 1796. El tratado de Campo-Formio lo hizo centro de la República Cisalpina. En 1805 formaba parte del reino de Italia, y Napoleon ceñía á su frente la *corona de hierro*. Los tratados de 1815 entregaron nuevamente á Milan al imperio de Austria, que la puso á la cabeza del reino Lombardo-Veneto, y desde entonces hasta nuestros días solo registra dos fechas notables: 1848 y 1859.—¡No puede darse mas triste y azarosa historia!

Milan, con ser estensísima, solo cuenta 200,000 habitantes.—Como hemos dicho, se halla situada en una fértil llanura, levemente inclinada de Norte á Mediodía.—A su izquierda corre un modesto rio—el *Oloná*—; pero el riego y la navegacion interior de la comarca se hacen por medio de magníficos canales que atraviesan la ciudad en varias direcciones.—Milan es una de las ciudades mas ricas, mas cultas, mas manufactureras del continente. Aparte de la sedería, que es acaso su principal industria, cuenta innumerables fábricas de lanería, platería, loza, espejos, instrumentos de matemáticas y astronomía, y de obras de bronce, marfil, alabastro, coral y otras materias.—Su campiña, muy semejante á la de Valencia, produce una cuantiosa cosecha de arroz.—El hierro, el mármol y el carbon de piedra constituyen la principal riqueza de sus montañas.—Los habitantes de la llanura hilan y tejen el algodón en sus casas, pudiendo decirse que cada hogar de campesino es una pequeña fábrica.—Por lo demás, la Lombardia es la tierra mas poblada, mas feraz, mejor cultivada y regada de toda Europa.—Volviendo á la ciudad, diremos que encierra cuanto puede contribuir al lustre y la cultura de una capital importantísima, llevando ventaja á muchas, y entre otras á nuestro Madrid, en el número y esplendor de los grandes establecimientos destinados á consagrar y propagar los adelantos y conquistas del saber humano. Hay en Milan un *Palacio Real de ciencias y artes* con Ob-

servatorio, academias especiales de *Escultura y Arquitectura*, otra general de *Artes y Ciencias*, otra de *Artes y manufacturas*, varias *Galerías de cuadros y estatuas*, una magnífica Universidad, dos Liceos, dos Gimnasios, la famosa *Biblioteca Ambrosiana*, que comprende mas de 15,000 manuscritos; un Museo y gabinete de historia natural; treinta hospicios y hospitales; centenares de imprentas, que no dejan de producir libros importantes ó curiosos en varios idiomas; círculos literarios, casinos, institutos y otros muchos centros de ilustracion y de trabajo, que fuera prolijo nombrar.—Los progresos materiales del pais corresponden á los intelectuales, y ceden en honor de la dominacion austriaca. Milan se comunica por medio de ferro-carriles con el lago de Como, esto es, con los Alpes; con Turin, y por consiguiente con el Mediterráneo; con Verona y Venecia, y por lo tanto con el Adriático, con Trieste, con Austria, Prusia, Bélgica, Francia, Suiza, Polonia y Rusia; y pronto se comunicará con Pavia y Piacenza, enlazándose de este modo á la línea que corre por Parma, Módena y Boloña, que irá luego á buscar á Ancona y la baja Italia, uniéndose á su paso á los caminos de hierro que cercan á Florencia.—Además de esto, cuenta con una inmejorable red de carreteras y de canales.

Milan, en fin, es una de las ciudades mas importantes del mundo, por su representacion histórica, por los Concilios que en ella se celebraron, por los varones eminentes que cuenta entre sus hijos (santos, guerreros, artistas, poetas, sabios, inventores), por sus grandes desventuras; por sus monumentos; por sus iglesias, cuya historia se enlaza íntimamente á la de la religion cristiana; por los dramas de que fue teatro; por las guerras á que dió lugar; por los hombres ilustres de todas las naciones que figuran en sus anales; por su hermosura, por su riqueza, y sobre todo (para mí, que soy español) por haber ondeado sobre sus muros durante doscientos años la bandera de Castilla.

Tal es la ciudad en que nos hallamos, y á cuyos númenes vamos á confiar nuestro destino, al depositar la mitad del alma y de la vida en las temerosas manos del sueño.

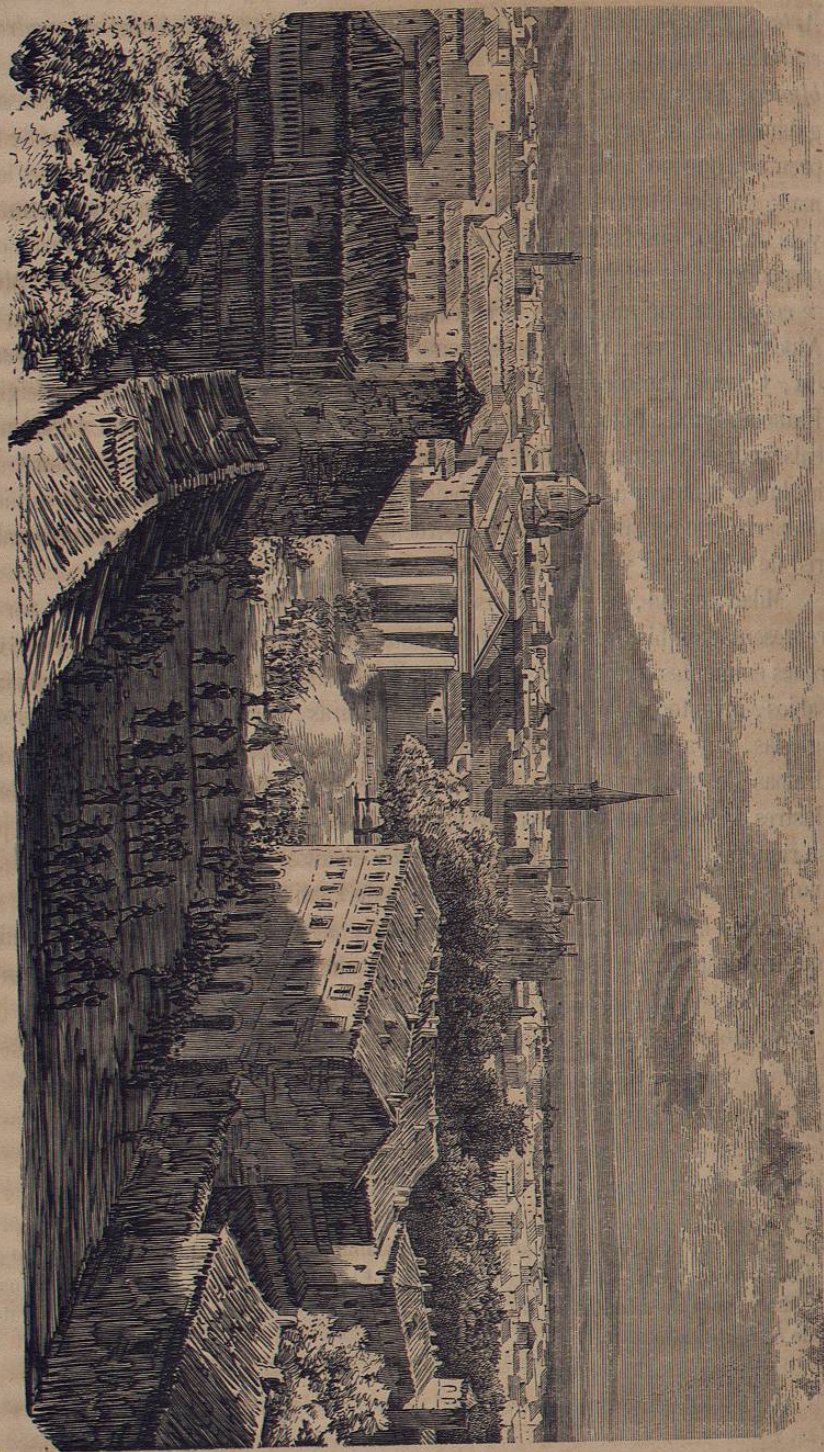
Acostémonos, pues, y hasta mañana, si Dios quiere.

III.

La catedral por dentro y desde lo alto de su pirámide.—Museo de pinturas.—La *Cena* de Leonardo da Vinci.—Un anfiteatro romano.—El Arco de la Paz.—Iglesias antiquísimas.—La víspera de difuntos en un cementerio italiano.—Un drama patriótico en el teatro de *S. Radegonda*.

Milan 4.º de noviembre.

¡Qué día el de hoy! ¡Cuánto he visto! ¡Cuánto he andado! ¡Qué tropel de ideas nuevas brilla todavía en mi mente! ¡Cuán diversas emociones han agitado



Vista de Milan.

mi alma!—La catedral... Leonardo de Vinci... el circo romano... *San Ambrosio*... el cementerio... *Daniel Manin*... ¡qué extraña confusión de cosas pasadas

y presentes, de sagrado y de profano, de júbilo y de pena, de entusiasmo y de fastidio!

Pero vamos por partes.

Esta mañana, no bien fue de día, tomé el camino de la catedral, donde permanecí tres horas.

Como hoy ha sido día de *Todos los Santos*, el templo estaba lleno de fieles que oían misa en los innumerables altares que lo decoran.

Yo empecé también por oír una, aunque no con la devoción que debiera, pues me tuvieron constantemente distraído las novedades que eché de ver en la manera como celebraba el sacerdote la santa ceremonia. Consultando mis recuerdos de aquellos años en que estudiaba *Sagrada Teología*, dime cuenta al fin de que las alteraciones que me extrañaban tenían su explicación en que Milan no está sujeto al rito romano, sino á otro peculiar de sus iglesias, compuesto por *San Ambrosio*, obispo que fue de esta diócesis, y de quien hablaremos más adelante.

También extrañé alguna cosa en el tono y la forma de *cantar horas* en el coro, y á esto me dijo un monaguillo que aquel era el *Canto ambrosiano*, que solo se usa en la Lombardia.

Por lo demás, quedé completamente edificado con la suma devoción de que daban muestras en el templo todas las clases de la sociedad.—El cura de Pavía tenía razón. Los milaneses son muy religiosos.

Cumplido el precepto, púseme bajo la dirección de un semi-sacristán, semi-*cicerone*, que me enseñó prolijamente todas las maravillas que encierra la catedral.

Este sacristán-*cicerone* (dicho sea por lo que valga) era calvo, y usaba dentro de la iglesia un enorme solideo; pero cuando salimos del recinto sagrado para subir á la parte alta del edificio, púsose un kópis de miliciano, que contrastaba divinamente con sus medias negras y sus zapatos de hebilla.—Yo no podré explicaros cómo, no siendo clérigo, se cubría la cabeza dentro de sagrado, ó cómo, siéndolo, era al mismo tiempo guardia-nacional... Pero la verdad es que esto ví; y pues que lo ví, lo cuento.—Sálvese el que pueda.

En cuanto á la catedral, tampoco intentaré describirla minuciosamente, ni creo que esto sería dado á la más hábil y experimentada pluma. Figuraos cinco naves góticas, sostenidas por cincuenta y dos gigantescas columnas, de cuyos soberbios capiteles, bordados de esculturas, arrancan elegantes bóvedas ojivales: figuraos bajo estas bóvedas un espacio de 148 metros de longitud por 57 de anchura y 64 de elevación: figuraos en los muros, en los pilares y en las capillas hasta 679 estatuas, y casetones y doseletes dispuestos para otras 158 que aun quedan por hacer... (En la parte exterior del *Duomo* hay cerca de 2,000 estatuas, y aun faltan unas 600. Total de estatuas que tendrá con el tiempo, 3,400 y tantas. En la catedral de Milan se trabaja incesantemente hace más de 500 años, y aun no está concluida. Los trabajos se han emprendido últimamente con grande actividad, y se cree que esta generación verá terminado el colosal pensamiento de *Galeazzo Visconti*.) Figuraos, detrás del altar mayor, tres inmensas ven-

tanadas, adornadas, como todas las del templo, con magníficos vidrios de colores; en el intrados de las bóvedas, pinturas que fingen adornos esculturales; en las capillas, algunos retablos de gran mérito por su antigüedad ó por su primor artístico; en otros parajes, magníficos sepulcros de arzobispos y cardenales; figurados, dijo, todo esto, con su riqueza, sus inmensas proporciones, su magestad y su hermosura, y formareis una vaga idea del conjunto de la insigne catedral.

Descendiendo ahora á algunos pormenores, os diré las cosas que mas llaman la atención al recorrer aquellas naves.

Primeramente se repara en un pilon de pórfido, donde se bautiza *por inmersión*, como prescribe el rito ambrosiano.—Se dice que este pilon pertenece á unas antiguas termas de no sé qué emperador de Roma.

Sobre la puerta principal de la iglesia, y en su lado interior, hay un gran balcon sostenido por dos columnas de granito, de una sola pieza, cuya longitud es de siete metros, por un metro y veinte centímetros de diámetro. Estos dos trozos de piedra son los mayores que existen en Europa, al decir del *cicerone*.

No son menos notables los púlpitos que rodean completamente los dos pilares próximos al altar Mayor. Son de bronce dorado, y están sostenidos por grandes caríatides. En la parte alta se ven los cuatro evangelistas y los cuatro doctores de la fe. Esta maravillosa obra se debe á los cardenales San Carlos y Federico Borromeo.

La famosa estatua que representa á *San Bartolomé desollado*, de que todos habreis oído hablar, es una obra de gran paciencia, que revela profundos conocimientos anatómicos; pero está muy lejos de ser una escultura interesante,—quiero decir, artística, en el sentido abstracto de la palabra.

Mucho mas bello me ha parecido un colosal candelabro de siete brazos, del mas puro gótico, entre cuyas primorosas labores, que imitan follaje, se ven innumerables diminutas estatuas. Este candelabro se llama el *Arbol de la Virgen*.

Pero el gran prodigio de la catedral; su mas importante obra y el centro de la piedad milanese, es la capilla subterránea en que descansan los restos mortales de *San Carlos Borromeo*. Esta capilla está toda cubierta de bajo-relieves de plata. El sepulcro es del mismo metal y de cristal de roca, y deja ver el incorrupto cuerpo del Santo, vestido de pontifical. Diez y seis millones de reales se han gastado en adornar aquella sepultura, que es al mismo tiempo un santuario, y en que no se sabe que admirar mas, si el gusto artístico ó la fastuosa riqueza que brilla por todas partes.

En cuanto al antiguo y célebre *tesoro* de la catedral, tan saqueado por los innumerables conquistadores que han dominado este pais, todavía ostenta algunos objetos de gran valor; entre ellos, dos estatuas de plata, una del mismo San Carlos, de 100 libras de peso, y otra de San Ambrosio, de 125; una *Paz* de oro, mas preciosa aun por su trabajo que por la materia en que está cincelada, y un *frontal* de plata maciza, tambien de mucho precio.

Finalmente, en el ábside se ve el sepulcro de *Marino Caraccioli*, famoso

cardenal que tuvo la gloria de coronar á Carlos V. *Qui primam Carolo V Imp. ad Aquasgrani coronam imposuit...* dice una cláusula de su epitafio.

Después de haber estudiado tan detenidamente todo el templo, me disponia ya á marcharme, cuando el *cicerone* me dijo:

—Espérese usted, que todavía no ha visto la catedral de Milan. Si quiere usted comprender de una sola ojeada toda la grandeza de este edificio, venga usted detrás de mí.

Y así diciendo, abrió una puerta que hay cerca de un soberbio mausoleo, dibujado, segun la tradicion, por Miguel Angel y que encierra las cenizas de algunos *Médicis*.

Yo salí detrás de él por aquella puerta, que daba á una escalera de mármol.

Empezamos á subir... y hubo momentos en que me figuré que no íbamos á acabar nunca. ¡Aquella escalera tiene 486 gradas!

Cuando llegamos á lo alto, me encontré sobre la pirámide central del edificio, y ví á mis pies una inmensurable masa de mármol blanco; una montaña semejante á aquellas, cubiertas de nieve, que visité en Saboya; un bosque de caladas agujas, erizadas, por decirlo así, de estatuas colosales; un laberinto de escaleras, azoteas, esplanadas, arcos, puentes, pasadizos...—¡Era la catedral á vista de pájaro!

En aquella ciudad de piedra, hay una poblacion... de piedra tambien. De las 135 agujas que se levantan sobre los techos, álzase una multitud de ángeles y santos, que en actitudes diferentes, parecen pugnar por abandonar la tierra. En medio de las plazas embaldosadas se ven, al modo de monumentos, preciosas esculturas que no se distinguen desde parte alguna de Milan, y que parecen estar espuestas á la sola contemplacion del cielo. Entre aquellas estatuas las hay hasta de Miguel Angel: tales son un *Adán* y un *Cain niño*, no muy bellas por cierto, aunque siempre notables por el nombre que las ilustra.

La catedral de Milan carece de una torre (que aqui se llama *campanile*) digna de su magnificencia.—Hay, sí, una torre provisional, cuadrada, de pésimo gusto y estraña arquitectura, que da albergue á las campanas y ataques de nervios á quien la mira; pero repito que es provisional y que se piensa en derribarla, sustituyéndola con un campanario gótico, adecuado al monumento de que será remate y coronacion.—Sin embargo, hasta ahora no se ha presentado un solo proyecto que merezca la aprobacion del cabildo.

Como podreis suponer, desde lo alto del *Duomo* se goza una hermostísima vista.

Primeramente se descubre toda la ciudad, calle por calle, plaza por plaza, iglesia por iglesia...—Mi mirada penetró, pues, en los jardines de los palacios y en algunas habitaciones. En las azoteas se veia mucha gente que descansaba ó trabajaba al sol. Las jóvenes que se creian solas, estaban acompañadas de mi espionaje. Los amantes que se hacian señas de un terrado á otro, me entregaban, sin saberlo, el secreto de sus almas. En una parte divisaba á una madre que peinaba á sus hijos; en otra á los pequeñuelos que jugaban con sus padres; aquí

al estudiante que repasaba su lección; allí al que fumaba tranquilamente.—La catedral, como Dios, lo ve todo.

Mas lejos se descubrian los campos, las aldeas, los canales, las quintas, las carreteras, los ferro-carriles, ocupando leguas y leguas.

—¿Ve usted aquella cosa blanca? me decia el *cicerone*. Pues es la Cartuja de Pavia. Aquel monte es la *Superga*... Debajo está Turin... Aquellas cimas azules son los Apeninos... Aquella faja de niebla es el Po... Hacia aquel lado cae Magenta... Allí tiene usted á Monza... Todas aquellas blancas montañas son los Alpes... Aquel pico último dista de aquí 40 leguas... Desde ningun punto de Italia disfrutará usted una vista panorámica de los montes tan completa como desde aquí.—Desde aquí está usted viendo á un mismo tiempo el Monte Viso, el Mont-Cenis, el Mont-Blanc, el Gran San Bernardo, el Mont-Rosa, el Simplon, el Jungfrau, el Finsteraarhorn, el San Gothardo, el Sphügen, el Ortler... ¡De la Francia al Tirol! ¡Cien leguas de cordillera! ¡Un horizonte sensible de trescientas leguas de circunferencia! ¡Tanto cielo como en los desiertos de Africa!

Era, en verdad, un panorama imponente; pero se pasaba el tiempo, y yo ardía en deseos de ver otras muchas cosas.

Entre ellas, la que mas me solicitaba, era la celebrísima *Cena de Leonardo de Vinci*, obra maestra de pintura, que todos habreis visto reproducida en magníficos grabados, y en cuya posesion fundan los milaneses un legítimo orgullo.

Estudié, pues, desde aquella altura la situacion de la iglesia de *Santa María della Grazie*, en que se conserva el renombrado *fresco*; tracéme el itinerario que habia de seguir para llegar á ella, pasando por otros lugares que me proponia visitar, y bajé á la plaza del *Duomo*, desde donde tomé el camino que me habia fijado, rehusando los servicios que me ofrecian cocheros y *ciceroni*.

Algunos minutos despues entraba en el *Palacio de las ciencias y las artes*, llamado *BRERA*, donde se encuentra el museo de pinturas.—Antes de ver el *Cenacolo* de Vinci, queria templar mi espíritu en la contemplacion de otras grandes obras de pintura.

El palacio de *Brera* (antiguo convento, cuya licenciada comunidad atentó á la vida de San Carlos Borromeo cuando este insigne varon trató de corregirla, por lo que fue disuelta y severamente castigada) encierra, además de la *Galería de cuadros*, un Gimnasio, la Escuela de Bellas-Artes, el Observatorio, el Gabinete de Numismática, una gran Biblioteca con 200,000 volúmenes, y el Instituto de Ciencias, Artes y Letras.—Dicho se está, por tanto, que es un magnífico edificio.

Entrase en él por un espacioso patio, en medio del cual se encuentra provisionalmente la estatua colosal de Napoleon, esculpida por *Canova*. En la meseta de la escalera hay otra estatua que representa al jurisconsulto *Beccaria*, al ilustre impugnador de la pena de muerte. En el piso principal se halla la *Pinacoteca*.

Esta no llega ni con mucho á nuestro Museo de pinturas de Madrid; pero encierra sin embargo muchos y muy buenos cuadros de maestros tan eminentes

como Rubens, Tintoreto, Dominiquino, Palma il Vecchio, Guido Reni, Van-Dyck, Pablo el Verones, Giorgione y otros que citaré mas adelante.

En el vestibulo admiré unos hermosísimos frescos de aquel *Luini* cuyo nombre oi pronunciar por la primera vez en la Cartuja de Pavia.

Bernardino Luini, á quien se supone discipulo de Leonardo de Vinci por lo mucho que se le asemeja en el estilo, es generalmente desconocido fuera de Italia. Esto se explica fácilmente. Las obras de Luini no han viajado, por la sencilla razon de que casi todas son *frescos*, y su reputacion no viajó tampoco, porque tuvo la desgracia de nacer al mismo tiempo que aquellos colosos del arte que se llaman Rafael, Miguel Angel y Leonardo de Vinci. Solamente hoy ha empezado á hacerse justicia al esquisito gusto y suave delicadeza de su pincel, que se inspira á un mismo tiempo en la piedad y en la forma y combina sabiamente el espiritualismo de los pintores *trecentistas* con la verdad humana (pagana por mejor decir) á que debia llevar el Renacimiento.

Entre las obras que ha legado á la posteridad en el citado vestibulo, se ve una *Santa Catalina trasportada al cielo por tres ángeles*, que es indudablemente el original ó el tipo de otras muchas composiciones análogas que andan por el mundo, y las escede á todas en dulzura, inspiracion y maestría.

Mas adelante llamó mi atencion un *San Jerónimo en el desierto*, de Ticiano; que me recordó otro cuadro mayor, pero copia de este, que hay en el claustro principal alto del Escorial.

Tambien descuella en aquel museo el célebre *Baile de los amores* de Albano, lienzo copiado miles de veces por el pincel, el lápiz y el buril, y que es acaso la primera obra de su género.

El *cicerone* ó guia de la Pinacoteca tuvo especial cuidado de decirme, al llegar en frente de un cuadro de *Guercino da Cento*, que representa á *Abraham arrojando á Agar*, que lord Byron se habia pasado muchas horas en diferentes ocasiones contemplando estasiado aquella pintura.

Yo la miré entonces con el detenimiento que podeis imaginaros, y la encontré llena de defectos, aunque no de tantos como le atribuye la critica de los inteligentes. Y á fuerza de examinarla, comprendí que lo que habia interesado tanto al gran poeta inglés era la hermosura mortal de la madre de los agarenos y su tristísimo lloro, que no hace sino duplicar sus atractivos.—Añádase á esto la posibilidad de que lord Byron hubiese hallado en sus largos viajes, y amado tal vez, á alguna egipcia (ó no egipcia) parecida á la rival de Sara, y se justificará la predileccion que le merecia el cuadro de Guercino.

Ahora, lo que yo no me esplico es cómo el autor de *Parisina* pudo detenerse tanto tiempo delante de *Agar* ni de otro ningun cuadro de este *Museo*, existiendo en él una de las mas nobles y felices creaciones del arte; el *Casamiento de la Virgen*, obra inmortal del divino Rafael.

El *Sposalizio*, como le llaman los italianos, eclipsa completamente todas las demás pinturas del palacio *Brera*.—Dibujo, composicion, interés, poesía... hasta color... (cosa rara en el sublime artista) todo es notable en tan peregrino lienzo!

—Permitidme detenerme á esplicaros la manera como el pintor de María ha representado los santos desposorios.

Toda la parte alta del cuadro la ocupa un grandioso templo, al que se sube por una larga y amplísima escalinata. Al pie de esta escalinata hay trece figuras del tamaño natural, que son la Virgen, San José, el sacerdote hebreo, cinco mancebos y cinco doncellas. El sacerdote, venerable anciano, suntuosamente revestido, está entre los dos desposados, cuyas diestras tiene cogidas, acercándolas suavemente, á fin de que San José coloque el anillo nupcial en la de María. María, bella sobre toda ponderacion, sencilla, graciosa y noblemente vestida, alarga sus dedos de marfil hácia el conmovido esposo. Los castos ojos de la Virgen de quince años están clavados en el suelo. Su rostro todo espresa no sé qué triste ventura. José tiene tambien los ojos bajos, y adelanta el brazo respetuosamente, sin atreverse á dar un paso mas hácia la hija de Joaquin. Si tímida y modesta es la actitud de la esposa, humilde y piadoso es el temor del marido. Sin los trajes, atributos y accesorios que revelan el asunto de esta obra, nadie dudaría, solo con ver las caras de los dos novios, que son los descendientes de David, en cuya casa nacería el Hijo de Dios. No es el triunfo del amor; es un santo misterio el que se cumple en aquel instante, el que adivinan los contrayentes, el que los turba y desasosiega. Las doncellas, agrupadas detrás de María, atienden al acto con reverente y afectuosa curiosidad. Los mancebos que siguen á San José rompen sus varas, significando de este modo el mal éxito de sus pretensiones á la mano de la Virgen. En cambio, la vara de San José está coronada de flores.

Tal es la forma en que Rafael ha presentado esta escena, tantas veces y de tantos modos tratada por la pintura.

Lo que yo no pudiera haceros comprender, es la pureza y la gracia del dibujo y la *difícil facilidad* de la composicion.

Diré solamente que, como obra de la primera época del discípulo de Peruginó, domina todavía en la disposicion de los personajes algo de aquella simetría propia de los cuadros devotos de la edad media; pero que hay tal animacion, tal vida, tanta verdad y belleza en el movimiento particular de cada figura, que ya se admira la clásica maestría del Renacimiento, sin que por esto falte en la acción el sublime misticismo que por aquellos dias se empezaba á echar de menos en las creaciones del arte.

Mas no es todavía ocasion de que nos estendamos en largos discursos acerca del genio de Rafael y de su influencia en la pintura. Aplacemos esta cuestion para el día en que veamos sus grandes obras en el Vaticano y en otros museos de Roma, y sigamos ahora recorriendo la galería de *Brera*.

Pocos fueron los cuadros que me impresionaron vivamente despues del *Spozalizio*.—Solo recuerdo una *aguada*, tambien de Rafael, que representa á varios personajes alegóricos, completamente desnudos, que disparan flechas á un *Término* cubierto con un escudo; una *Virgen y el Niño* de Luini, en que pude aun admirar la esquisita dulzura de este pintor; un *Monje dormido* de nuestro in-

mortal Velazquez, sumamente deteriorado por el tiempo y las restauraciones; pero en el que se ven aun ciertos valientes toques de la mano del maestro, y un lienzo de Leonardo de Vinci, que hubiera sido notable, pero que está por concluir, y en el que los artistas pueden estudiar el procedimiento de que se valia Vinci para pintar sus cuadros.—El asunto es *la Virgen teniendo en brazos al niño Jesus, que juega con un cordero*, y está desempeñado admirablemente como dibujo, que es como solo puede juzgarse.

Por mi parte, recuerdo haber visto en el museo del Louvre, en Paris, un cuadro análogo á este, tambien de Leonardo de Vinci, en que el pensamiento está mas desarrollado y que produce una tierna emocion en cuantos lo miran.

Allí hay una figura mas, que es *Santa Ana*. Sobre las rodillas de la esposa de Joaquin se halla sentada la *Virgen Madre*, la cual retiene á duras penas al *Niño Jesus*, que juega á sus pies con un *cordero*.—Santa Ana mira con plácida tranquilidad á su hermosa hija, cuya atencion toda es para el futuro Redentor, mientras que este solo piensa en el gracioso y alegórico animal á quien sujeta con piés y manos y que pugna mansamente por escaparse.—Es una gradacion de ternuras tan encantadora en sí misma, como solemne y espresiva la encontrarán los místicos. Santa Ana se complace con tener en su falda á María, la Madre del Dios hombre. María se inquieta por Jesus, al verle tan inclinado al cordero, simbolo del sacrificio. Jesus se resiste á su Madre y continúa en tierra, porque un amor mas grande que todos los afectos humanos le marca su infalible porvenir. El cordero, *la víctima*, representa la lucha de la naturaleza con el martirio.— ¡Y cómo está compuesto aquel cuadro! ¡Cómo está sentido! ¡Cuán nobles y bellas son todas las figuras!

Pero repito que esto lo ví en el Louvre.

Desde el palacio de *Brera* pasé á una *trattoria*, hostería, taberna, figon ó lo que fuese, que ví en la misma calle, y donde me hice dar de almorzar á *la italiana*.

Allí habia tambien un magnífico cuadro; pero cuadro vivo, digno del pincel flamenco.—Borrachos, humo, poca luz, una Maritornes, vino de Monza, peces fritos, queso de Parma, juramentos *per Baco* y una estampa de la Virgen, alumbrada por una mariposa...—Hé aquí los rasgos característicos de aquel lugar.

Yo volví á acordarme de *I Promesi Sposi* y de *l'osteria* en que tanto peroró el pobre *Renzo* la noche del tumulto.—Era la misma mesa estrecha y larga: eran los dos mismos escaños de madera: eran los mismos comensales. En vano habian pasado sobre Milan dos siglos y medio.

Repuestas mis fuerzas, la *Strada del Portaccio* me llevó á unos jardines y alamedas que delimitan una estensísima plaza, la mayor que he visto en toda mi vida.

Era la *Plaza de Armas*.

Indudablemente, aquel es el punto mas bello y mas grandioso de todo Milan.